# EL RENACIMIENTO.

1847.

ENTREGA 2.ª — 21 MARZO.

## BELLAS ARTES.

### CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE SU RENACIMIENTO.

Los tiempos que son mas favorables al desarrollo de las letras y de las ciencias, suelen serlo tambien al de las artes; y obsérvase (1) que las obras de escultura romana de los mejores períodos, están, con respecto á las de los Griegos, en la misma proporcion que los escritos de los autores Latinos con las obras originales de sus grandes maestros. En los largos siglos de penosa regeneracion que sucedieron á la decrepitud del Imperio Romano, igual fué la degradacion en las letras y en las bellas artes, y sería tan difícil citar una obra de correcta y clásica literatura de aquellos tiempos, á pesar de las ventajas que algunas de ellas llevaban á las antiguas bajo el punto de vista de las verdades morales, (lo que era debido más á la revelacion cristiana que al arte del escritor, muy imperfecto todavía), como citar una sola estatua ó pintura que alguna consideracion merezca. Sabido es sin embargo, que durante aquellos siglos tenebrosos para las artes de lo bello, se produjeron algunas obras notables en arquitectura; mas debe considerarse que este arte, como mas necesario á toda nacion que la pintura y la estatuaria, no pudo jamas abandonarse ni desaparecer enteramente; por lo que, si á esto se añade que los grandes monumentos de los siglos XI y XII fueron principalmente debidos á los griegos, no sorprenderá que cuando en el siglo siguiente las artes, y la literatura en general, comenzaban á disipar lentamente las tinieblas de aquella pasada noche, la arquitectura cristiana, en la cual se habian combinado la gracia y la fantasía espiritualizadas por la fé, con la solidez del severo arte bizantino, se ostentase ya hermosa y digna de levantar á Dios moradas entre los hombres. La arquitectura no pudo, ni debió, seguir á las demas artes liberales en todas sus vicisitudes. Fué preciso, sí, que decayese cuando todas en general perecieron; mas ni los antiguos modelos pudieron jamas desaparecer enteramente, porque los invasores de la Italia, aunque impetuosos y devastadores, no arrasaron las ciudades enteras y cuantas fábricas sobre la superficie de la tierra habia; ni pudo jamas abandonarse su cultivo durante las guerras de los primeros siglos, antes por el contrario, los pasos mas seguros de la arquitectura en la edad media fueron las construcciones feudales, y las fortificaciones, castillos, y murallas de las ciudades guerreadoras (2), como todas las demas obras de pública utilidad.

Daban ademas á la arquitectura continuo ejercicio las fundaciones sagradas que la piedad de las ciudades y magnates erigia, en una edad, en que era tan férvida la creencia religiosa, que todo acontecimiento afortunado se esplicaba por un patrocinio celestial visible; con lo que cada poblacion, y cada familia notable, se atribuía la proteccion directa de algun Santo, ó de la misma Madre de Dios, á quienes se tributaba un culto, á veces idólatra, nunca interrumpido por la sucesion de las generaciones. Sucedia, pues, que las encarnizadas rivalidades de repúblicas y familias, que tanta sangre costaron á la Italia de la edad media, multiplicaban de una manera prodigiosa los piadosos monumentos de la gratitud de los fieles; porque no podia nunca faltar un vencedor en las batallas: y al paso que este levantaba un santuario á su patrono, el vencido, que se creia castigado por algun pecado oculto, duplicaba las ofrendas hechas al suyo para aplacar la cólera celeste.

(1) Roscoe. Vida de Lorenzo Medicis. T. 1.º p. 4.

(2) Las murallas de Avila son una de las obras mas perfectas de la arquitectura de la edad media.



© Biblioteca Nacional de España

Pudieron, pues, los arquitectos de aquellos siglos ir siempre adelantando en su arte. El arte bizantino, degeneracion bastarda del romano, heredó de este la antigua solidez que hace sus monumentos eternos (3); los primitivos cristianos le inocularon, por decirlo así, su austero misticismo, acomodándole á los nuevos ritos en las basílicas construidas con arreglo á los cánones apostólicos. Diéronle esbeltez y ligereza las prácticas de los germanos, y elegancia y fantasía el reflejo recibido de las construcciones del Oriente. Todos estos elementos concurren á la formacion de la arquitectura llamada vulgarmente gótica; y como el último que entró en su composicion, que fué el estilo oriental, pudo hacer su aparicion en Europa en el siglo XII con la vuelta de los cruzados de la Palestina, la belleza de los monumentos cristianos debió ya completarse en la centuria siguiente ostentando las soberbias catedrales que la inmortalizan, mientras las demas artes, en espíritu aun, esperaban en un incierto crepúsculo que la resurreccion de la belleza perdida las revistiese de una nueva forma, para manifestar al mundo el arte cristiano acompañado de sus dos divinos caractéres, *la santidad* y *la hermosura*.

Llegó la arquitectura religiosa á su apogeo en el siglo referido, porque á diferencia de la pintura y de la estatuaria, poco ó nada tenia que esperar de la reaparicion de los monumentos paganos, de las termas de Tito ni del templo de Júpiter Olímpico; porque, en nada comun este arte con la forma corporal humana, su tipo es más la belleza moral que la belleza material, y la forma de sus templos, dependiente del culto y sujeta á otras ceremonias diversas de las paganas, es un puro símbolo de los misterios religiosos que el cristianismo nos anuncia.

Digamos, pues, que la arquitectura no tenia necesidad de renacer como las otras artes sus compañeras: primeramente porque el templo es la profesion de fé religiosa del pueblo, y el politeismo no habia ya de volver al mundo; y en segundo lugar, porque las demas fábricas y edificios, ya públicos, ya privados, habian de ser siempre acomodados á los usos, leyes, y modo de vivir de las sociedades modernas, y nó á los usos y costumbres antiguos. Si la arquitectura religiosa ganó ó perdió, pasando de la forma gótica á la que sobre las antiguas reglas de construccion le dieron Brunelleschi y Bramante, es problema que no saldrá jamas de la crítica del sentimiento, y que por consiguiente jamas será resuelto; casi diríamos que no es verdadero problema. Los diversos estilos en las artes, cuando, á la manera de estos dos propuestos, parecen llenar perfectamente su fin, no pueden ser objeto de discusion, porque el modo de sentir depende de la costumbre y de las instintivas inclinaciones ó disposiciones del hombre. Estas, unidas á la natural instabilidad humana, producen la gran variedad que se advierte en nuestros juicios, y en el juicio general de las épocas en que vivimos; y de aquí resultan las grandes reacciones de una á otra escuela que á veces presenciamos, y que hacen que lo que ayer causó nuestra admiracion, sea mañana objeto del odio mas exagerado.

Cuando la arquitectura moderna parecia, especialmente en las construcciones propias de la religion y nuevos usos sociales, haber llegado al mas alto punto de perfeccion posible, la estatuaria y la pintura daban apenas muestras de perfeccionamiento, envueltas en las sombras de la cuna. Hemos indicado la razon de este fenómeno de la historia artística, manifestando que la edad media no necesitaba de elementos extraños para crear una bella arquitectura; mientras que para la perfeccion de las artes cuya base es la imitacion de la naturaleza física, no bastaba el solo espíritu de la época, sino que era ademas necesario reunir á él la belleza de la forma, y esta era propiedad exclusiva de la antigüedad. Era preciso que la belleza del gentilismo y el espíritu del cristianismo se combinasen para formar un todo perfecto, en el cual el alma y el cuerpo se hallasen mútuamente ennoblecidos, perdiendo aquella el carácter austero, sombrío, y aun terrible que revistió en las obras de Cimabue y de su mismo discípulo, y este la forma *puramente plástica* de los mármoles griegos. *P. de Madrazo.*

(3) La superioridad incontestable de la arquitectura romana está en las obras públicas, como son las fuentes, los caminos, etc., etc.

## JUAN DE ARFE Y VILLAFAÑE.

Uno de los excelentes artistas que florecieron en nuestro siglo de oro en España fué sin duda alguna el platero Juan de Arfe y Villafañe. Mecida su infancia en la célebre escuela y en los talleres de su padre Antonio, y en los de su abuelo Enrique, último artífice que nos dejó primorosas y afiligranadas piezas góticas, no es extraño que Arfe subiera al grado altísimo de reputacion con que su nombre ha llegado hasta nosotros. En su profesion peculiar pudiéramos

© Biblioteca Nacional de España

llamarle los españoles nuestro *Benvenuto Cellini*, aunque de ningun modo en cuanto al carácter excéntrico é impetuoso del tremendo florentino. Tales fueron la perfeccion, gusto, y primor á que Arfe elevó en España el arte bello de la platería. Los severos estudios con que se nutrían en aquel siglo de ambicion y magnificencia todos los ramos hijos del arte del diseño, el vivo y constante estímulo que tenia con las magníficas obras que se emprendian en nuestras opulentas catedrales, en los palacios y casas de los magnates, formaron la grande escuela de donde salieron tantos plateros insignes, cuyas obras son la admiracion de nuestro siglo.

En efecto, los Ordoñez, Alvarez, Becerril y Dueñas en Castilla; los Rodriguez, Fernandez, Ballesteros y Alfaros en Andalucía, y otros cuya enumeracion sería fastidiosa, dejaron á la admiracion de los siglos obras de tan gran primor, que hoy casi centuplicarían el valor de las preciosas materias de que están labradas. (1) La ciudad de Leon, y mas tarde Valladolid, fueron el rico foco ó laboratorio de esta escuela de plateros. En la primera poblacion es donde se estableció su abuelo Enrique, aleman de nacion, y donde continuó su padre Antonio, hasta que el jóven Arfe, ansioso de la perfeccion, pasó á Salamanca á estudiar la anatomía que explicaba el doctor Cosme de Medina. De Salamanca fué á Toledo: allí midió las proporciones del cuerpo humano en las bellas obras que dejaron Vigarny y Berruguete. Nutrido con tan importantes estudios, fijó sus talleres en Valladolid, la metrópoli de las bellas artes en el siglo XVI. Aquí tambien tuvieron sus talleres los célebres estatuarios Juni, Jordan, Berruguete, Hernandez, con otros artistas eminentes.

Apenas contaba Arfe 25 años, cuando ya se le encargó la Custodia de la catedral de Avila, monumento precioso de cincelado, con cinco cuerpos de arquitectura, y de un efecto encantador. A esta Custodia siguieron la famosa y rica de Sevilla, la de Burgos, que ya no existe, la de Valladolid, y finalmente la de la hermandad del Santísimo Sacramento de la parroquia de San Martin de esta corte. Los aficionados y artistas conocen la elegancia y ligereza de estas piezas, lo ingenioso de sus plantas, la excelencia de las numerosas estatuitas y bajos relieves de que se hallan adornadas, todo lo cual acredita á Arfe de un artista consumado.

Y como si en sus obras plásticas no hubiese dejado á la posteridad utilísimas lecciones y ejemplos, quiso además consignarlas en su precioso códice de *Vária Comensuracion* que vió la luz pública por primera vez en Sevilla el año 1585. Esta obra, que se ha reimpreso hasta seis veces por lo menos, es una de las mas interesantes que tenemos en España, y quizá la mejor si se esceptúa la práctica de la pintura. En ella nos dejó establecidas las bellas proporciones del cuerpo humano, que son, de cuantas conocemos en nuestro idioma, las que mas se aproximan á las del inmortal pintor de Urbino, supremo legislador del dibujo en el arte moderno. Hoy que quiere resucitarse, en nuestro concepto acertadamente, la bella ornamentacion del *renacimiento*, la de la España de Cárlos V en el apogeo de su gloria, los plateros y otros artífices que se dedican á la decoracion, encontrarán excelentes teorías y ejemplos en las magníficas custodias y otras piezas que publicó en su obra. (2)

A estos vastos conocimientos de las bellas artes reunió otros no menos interesantes, y en particular el de dibujar y grabar en plomo y madera. El P. Burriel asegura que son de su mano los grabados del poema de M. Olivier *El Caballero determinado*. Ignoramos los fundamentos en que se apoya el doctísimo escritor; lo cierto es que el estilo y proporciones de sus figuras (que tenemos á la vista), recuerdan grandemente las de la custodia de Avila, que, como obra en este género la primera que emprendió, se resienten algun tanto de la escuela Alemana que dominaba en tiempo de su padre. Así, por lo menos es del todo probable que Arfe haya inventado y dibujado esta coleccion, si es que no la grabó, como asegura el P. Burriel. Mas cuando no tuviésemos las del *Caballero determinado*, las estampas grabadas en madera de la primera edicion de la obra de Juan de Arfe, dan evidentes indicios del garbo y elegancia de sus dibujos. Es imposible marcar con mas talento y precision su propio retrato, abierto en madera, que se vé en el dorso de la portada, así como tambien el escudo de armas del conde de Ureña, á quien

(1) Desgraciadamente, desde los primeros años de la guerra de la Independencia, un número grandísimo de estas preciosidades se fundieron para hacer moneda. Creémos que con este objeto se perdió para siempre la magnífica Custodia de Burgos hecha por Arfe, y otras muchas preciosidades artísticas.

La pérdida mas sensible fueron los estupendos jarrones que Benvenuto Cellini labró para la Catedral de Salamanca. Pero aparte el patriótico fin con que se consumaron estos sacrificios, la ignorancia ó la rutina hicieron desaparecer de muchísimas catedrales y monasterios objetos de sumo interés histórico y artístico. Tales son la famosa cruz en que hacian el juramento los reyes de Aragon, y otros que por brevedad pasamos en silencio.

(2) No hablamos de la última edicion que se hizo en Madrid con muy loable celo y con mayor dispendio. En ella, el gusto raquítico é insulso que dominaba en las Academias, suprimió todas las bellas piezas de platería, inventadas por Arfe, publicando otras que han servido de Cánones á las que se han hecho de 50 años acá, dignas casi todas de volver á convertirse en la materia bruta de donde han salido.

© Biblioteca Nacional de España

la dedica. Otro lindísimo escudo con figuras alegóricas dedicado á D. Diego de Espinosa, Cardenal y Obispo de Sigüenza, dibujado y quizá abierto por él mismo, se vé en su precioso librito del *Quilatador de oro, plata y piedras*: al fin está el autógrafo de Juan de Arfe que damos en nuestro número, así como el retrato indicado, al que se le ha añadido un ligero contorno arquitectura de su siglo.

El diligente Cean Bermudez no pudo, en tiempos mas tranquilos, averiguar la época de su fallecimiento. Esta misma suerte han tenido muchos de nuestros grandes hombres. Sus obras, empero, harán vivir su nombre, mientras en el mundo se conserve el instinto de lo bello. *V. Carderera.*

# AMENA LITERATURA.

## Un regalo del Emperador Cárlos V.

RASGO HISTÓRICO.

PRIMERA PARTE.

En la antiquísima y muy honrada ciudad de Brujas, que era una de las mas importantes poblaciones del círculo de Borgoña, florecia, á mediados del siglo XVI, un hidalgo, no menos notable por su virtud estremada que por su profunda sabiduría. Apellidáronle los flamencos y holandeses VAN MALE, los franceses MARINDRE, los italianos MARINDO, MALINÆUS los latinos, y los españoles MALINEZ. Aun cuando, en el siglo á que vamos haciendo referencia, era uso vulgar el traducir los apelativos de las familias, costumbre de que los escritores sacaban gran provecho, basta el apuntar las varias inflexiones que sufrió el apellido del que nosotros llamarémos Malinez, conformándonos á la índole de nuestro idioma, para venir en cuenta de la universal celebridad del personaje mencionado. En efecto, todo contribuyó, en los últimos años de su vida, á cimentar la fama que á Malinez granjearon sus escritos, siendo las íntimas relaciones que tuvo con el emperador Cárlos V, quizá mas que su singular mérito, causa principal de la atencion que en él fijaron sus contemporáneos.

Por aquellos dias, aun no se habia sobrepuesto el materialismo de la opulencia á las tradiciones de la hidalguía, y no el oro del advenedizo era llave del corazon de los nobles; cuyas creencias daban á Malinez, que, aunque pobre, pertenecia á una familia, no solo distinguida, sino ilustre, cierta autoridad que fomentaba su honrada ambicion.

En los estados de Flandes, por entonces, dominaba el comercio; tanto, que los mercaderes de aquellas añejas ciudades cubrian los trajes de sus hijas con randas y sederías de tan estremada riqueza, cual con pena podian hacerlo los altivos caballeros del Vellocino de Oro. Por esta causa, los hidalgos de fortuna escasa que deseaban medrar, preferian antes que sucumbir al duro trance de ser comensales de los opulentos traficantes, abandonar el suelo pátrio, llevando su santa pobreza á tierras en donde tuviesen mas precio los blasones ganados por sus mayores.

Era España, entre todas las naciones, la que contaba mayor número de magnates, favorecedores los mas de caballeros desvalidos, y todos harto poderosos para que fuese de valía su proteccion. Los flamencos, sobre todo, eran recibidos con señales de favor en la corte de Castilla, ya entonces que, no ejerciendo el antiguo valimiento unos pocos, podian todos desplegar sus dotes esenciales, á saber: la honradez y gravedad.

Sabíalo Malinez, y, por eso, provisto de algunas credenciales de recomendacion, se encaminó á Madrid, donde, por acaso, se hallaba entonces el soberano afortunado de tan estensos dominios. Era dulcísimo en su trato y de costumbres severas, cualidades que suelen dar mas confianza que fortuna; y no salió fallida, en aquel caso, esta regla general, porque lo único á que pudo aspirar nuestro flamenco fué á lograr el estéril favor del duque de Alba. No que el tan nombrado D. Fernando de Toledo careciese del preciso valimiento para elevar á su protegido, sino que, necesitado de los servicios de Malinez, descuidaba toda recomendacion y protegía con cuanta tibieza le era dable. Así es que, si bien le habia ofrecido proporcionarle alguna prebenda eclesiástica que concediese el ócio y bien estar que han menester los estudiosos, iban trascurriendo años, sin que llegase á cumplirse tan santa promesa.

Empero, durante aquel período de esperanzas y servidumbre, si otro bien no, logró Malinez el de adquirir relaciones que mas tarde podian serle, y, en efecto, le fueron de sumo provecho. Entre estas, merece particular mencion la que contrajo con D. Luis de Avila y Zúñiga, comendador de Alcántara, que era uno de los gentiles hombres que mas partido sacaban del favor de Cárlos V. Acababa D. Luis, en 1546, de redactar su célebre *Comentario de la guerra de Alemaña*, obra de estremada importancia por las noticias que contiene, si bien poco notable por las galas de la diccion y los encantos del estilo. Sin embargo, sucumbiendo ante el achaque comun de los magnates que confian á la prensa sus escritos, sobrábale mas vanidad que le faltaba ingenio, y, aunque el idioma español tan universal era por entonces, y el *Comentario* se hubiese impreso en Amberes, como luego se imprimió en Venecia, parecia al envanecido comendador que solo la lengua latina podia generalizar la lectura de obra de tanto mérito, como fiando la eternidad de su idea á la eternidad del idioma. Era Malinez el mas hábil latinista de su siglo, tanto, que

© Biblioteca Nacional de España

lo consultaban las escuelas y los sábios, y era árbitro de las decisiones en cuantas disputas agitaba la quietud de los claustros, en materias de diccion. Por eso trató de ganarlo, con halagos, D. Luis de Avila, y lo alcanzó, al poco tiempo, con bellas promesas que no tenia propósito de cumplir. Ofrecióle solemne y reiteradamente recabar del emperador la gracia de que fuese nombrado gentil hombre de su cámara, merced la mas señalada á que podia aspirar un hidalgo sinfortuna.

Mas, apenas Malinez, seducido con tan dulce esperanza, concluyó la traduccion al latin del *Comentario de la guerra de Alemaña*, en que invirtió, con fruto de las letras, algunos años de paciencia, pudo conocer cuan falaces eran las palabras con que lo habian entretenido, y se convenció de que la amistad de Avila no le valdría mas que la del duque de Alba, que nada le habia valido.

La escasez de sus recursos le obligó varias veces á cambiar de residencia, siendo unas veces España, otras Flandes, el teatro de sus pretensiones. En esta última provincia se hallaba, cuando, creyendo percibir la sonrisa de la fortuna, solicitó, lleno de confianza, el título de cronista, con el sueldo mezquino de doscientos florines al año, de ocho reales de vellon cada uno, proponiéndose, si conseguia tamaña felicidad, retirarse á su amada ciudad de Brujas, y consagrarse á la labor literaria, porque los hombres estudiosos, hasta en medio del torbellino de la prosperidad y de los afanes de la ambicion, codician el sosiego, como el mal preciado de los bienes de la tierra. Pero, cuando menos lo esperaba, obtuvo otro cargo que antes habia apetecido mucho, y que ya, por entonces, tenia para él escasos encantos. El Sr. de Praet, Luis de Flandes, á cuya probidad estaba confiada la administracion de la hacienda pública en los Paises Bajos, habia tenido ocasion de tratar con intimidad á Malinez, y, maravillado al ver la flexibilidad de carácter, la superioridad de luces, la sencillez de costumbres que unia este personage á un conocimiento profundo de los hombres y de los negocios públicos, lo recomendó, con tanta vehemencia, á Carlos V, que el César no vaciló en elegirlo para gentil hombre de su cámara, necesitado, como estaba, de una persona á quien confiar sus mas íntimos secretos, y que tolerase risueñamente las impertinencias de su prematura vejez.

En efecto, sin leer la correspondencia latina de Malinez, que nos suministra estos datos y de que en otra ocasion hablarèmos, es dificil formarse cabal idea del estado lastimoso en que, ya por entonces, 1550, se hallaba la salud de Cárlos V; tanto en el bullicio del campamento, como en el retiro del gabinete, las dolencias mas crueles y agudas despedazaban aquel cuerpo estenuado. Apenas, si con el auxilio de un baston, podia el emperador trasladarse del lecho á un sofá, en donde permanecia durante muchas horas, tan pálido y macilento, que mas bien parecia un cadáver que un famoso guerrero. Tal era su flaqueza, que, en cierta crítica ocasion, no pudo romper el sello de una carta que le entregó el embajador de Francia, cubriéndose de vergüenza el rostro, al verse tan débil ante el mas encarnizado de sus émulos.

Solo Malinez era á propósito para vivir al lado de este cuerpo enfermo, que encerraba aun una alma llena de vida, y una imaginacion fantástica y lozana. Por una estraña adulacion de la naturaleza, en cuanto el nuevo gentil-hombre adquirió la confianza ó mas bien la amistad de su señor, empezó á sentirse aquejado de las mismas dolencias que Cárlos, si bien con fuerza suficiente para desempeñar los penosos deberes de su encargo. Penosos eran, por cierto, pues, durante las eternas horas de insomnio, tenia que leer en alta voz, y esplicar lo mucho que el emperador no entendia, cansando su memoria con recuerdos que esplicasen mejor su pensamiento. Unas veces, para consolarse, gustaba Cárlos de entonar cánticos sagrados, y el favorito tenia que acompañar su voz ronca, formando entre ambos una disonancia que espantaba, en sus sueños, á los servidores que moraban en el alcázar. Otras, con propósito de dar alimento á su insaciable imaginacion, proponia cuestiones de teología en que no se daba fácilmente por vencido; asi es que, como solo Malinez había podido satisfacer tantas necesidades que aquejaban á su señor, éste lo miraba con predileccion tan esclusiva, que los palaciegos, gente en quien la envidia es una comezon, empezaban á temerle y á codiciar su suerte.

Empero, esta suerte nada de apetecible tenia, porque el favorito tan pobre se hallaba siendo el único amigo de Cárlos V como antes. Sus necesidades iban en aumento, y sus medios de satisfacerlas eran los mismos, porque el famoso emperador, á pesar de las reconvenciones que en su rostro le hacian, de vez en cuando, los caballeros del Vellocino de Oro, que, congregados en capítulo, se tenian por sus iguales, era sin límites avaro y solo daba sin pesar los bienes de los enemigos, cuando entraba á saco en estrañas ciudades, con sus admirables tercios.

Cinco años duró la privanza de Malinez, durante los cuales presenció los acontecimientos mas notables de aquel siglo Asistió, en 1550, á la dieta de Augsburgo, presenció la desercion del elector Mauricio de Sajonia, á quien habia Cárlos colmado de beneficios; influyó para que volviesen á celebrarse las interrumpidas sesiones del concilio de Trento, y fué testigo, en 1551, de las nuevas hostilidades que fué preciso entablar con el rey de Francia. Al lado del emperador estaba, cuando, en 1552, tomó este sagaz político el título de protector de la libertad

© Biblioteca Nacional de España

germánica, al mismo tiempo que encendia hogueras en sus estados para cuantos no se sometiesen ciegamente á la autoridad del monstruoso tribunal de la fé. Fué testigo de las victorias de Cárlos y de sus derrotas, viéndolo triunfante en Inspruk y vencido en Renti, gracias á la ambicion de Enrique II, que suspiraba por ceñirse la cesárea corona. Y finalmente, en 1555, vió cómo la dieta de Angsburgo regularizó los negocios de religion en Alemania, conforme á la transaccion de Passau, siendo despues testigo de la abdicacion del emperador.

Durante estos cinco años de valimiento, fué Malinez objeto de emulacion y envidia, por parte de aquellos que ignoraban cuantas privaciones sufria, de cuantas escaseces era víctima. Entre todos, don Luis de Avila y Zúñiga, astuto cortesano, á quien tanto habia servido en otros tiempos, con su acerada lengua murmuradora le perseguia, tanto mas, cuanto que iba siempre la maldicencia envuelta en elegantes y chistosas agudezas. Entonces conoció tambien á los dos célebres médicos del emperador, á Nasesio, el sábio, al charlatan Caballus, á quien llama en sus cartas *grande asno* (ó MAGNUM ONAGRUM) y de quienes no podia separarse Cárlos V; al célebre capitan don Alonso de Avalos, marqués del Guasto, de quien tantos elogios hacian los mismos franceses, tan temido estando prisionero como libre; á Vesalo, el profundo anatomista, cuyas obras acaban de publicarse, por vez primera, en Bruselas (en 1841); á Pablo Jovio, el venal, fundador de la escuela que forman los que trafican con su pluma; al ilustre Granvela, á cuya memoria debe España un tributo de gratitud y respeto; al sábio don Francisco de Toledo, hermano del conde de Oropesa, embajador en el concilio de Trento; á Juan Carrion, maestro de Melanchton, el apóstol del luteranismo; á don Bernardo de Acuña, que era uno de los capitanes mas nombrados de la infantería española, y á tantos otros distinguidos varones que figuraban en la severa y estraña corte del monarca emprendedor.

Pero, con ninguno de estos personajes formó lazos estrechos de amistad, siendo las únicas personas con quienes simpatizaba el señor de Pract, de quien ya hemos hablado; y Juan Reynen, honrado flamenco, que poseía una fortuna mediana y era padre de una hija, codiciada por su belleza y virtud. A entrambos quiso dar pruebas del sincero afecto que les profesaba, y, en efecto, así lo hizo.

A pesar de los cuidados de su destino, de los dolores que le aquejaban, y de la estrechez de su situacion, siguió una correspondencia curiosísima en latin con el primero de sus dos amigos, correspondencia de que la sociedad de bibliófilos de Bélgica ha publicado recientemente 55 ejemplares, y que es un tesoro para los que apetecen engolfarse en el estudio de las costumbres de aquel tiempo. De ella hemos sacado los datos que presentamos en estos apuntes, conformándonos en un todo á la mas escrupulosa exactitud.

Aunque ya de edad madura, Malinez que, durante tantos años, habia vivido en el retiro, conservaba puro y amoroso el corazon, como suele acontecer á cuantos no desfloran el albor del alma en el trato continuo de gentes ociosas. Por lo tanto, al ver tan de cerca las gracias de Hipólita, que este era el nombre de la hija de su amigo Juan Reynen, no pudo menos de prendarse de ellas, y suspiró por la quietud doméstica que tan grata le seria al lado de aquella dulcísima compañera. Mas, ofreciasele el grave inconveniente de que, á pesar de sus buenos servicios, continuaba en la pobreza mayor, pues, no el emperador, sino alguno de sus escasos amigos le daba lo preciso para satisfacer su deseo único, que era el de comprar algunos libros. Gozaba Reynen de medianas comodidades, y generoso le ofreció, con la mano de su hija, la mitad de cuanto poseía; pero, no parecia decoroso á Malinez el aceptar semejante donativo, teniendo tan fundados derechos adquiridos á la gratitud de Cárlos V. Vino, á la sazon, un rayo de esperanza á contentar su corazon, porque ricas naos de Indias acababan de aportar á las costas españolas, y en ellas iban para el gefe del estado 700.000 escudos de oro. De esta suma inmensa prometíase el valido flamenco alcanzar algo, porque el emperador era tan pródigo de promesas, como avaro de hechos. Mas, aquella lisonjera esperanza se desvaneció muy luego, y el mísero Malinez quedó tan pobre como antes.

Empero, Cárlos, un dia, queriendo dar alivio á su corazon roido de remordimientos, se encerró en el mas retirado aposento del alcázar, y solo á su gentilhombre favorito admitió en él. La escena que pasó es un misterio; pero, las revelaciones que hizo Cárlos debieron ser horrendas, cuando Malinez escribia á su amigo que mejor quisiera, que le arrancaran la lengua que contarlas. Mas, si otro bien no, produjo este suceso el de que, alentado el favorito con tan estraña intimidad, abriese el corazon y pidiese á su señor que le atendiera como á sus merecimientos correspondia, para poderse unir á la que tanto amaba y de quien se creia correspondido.

El emperador no permaneció sordo á estos vehementes ruegos, y ofreció á Malinez que, al siguiente dia, le haria un regalo de tanto precio, que, por grandes que fuesen sus servicios, podria bastar como régia recompensa.

Réstanos ahora decir en qué consistia este regalo, y lo haremos en el próximo número.

*Jacinto de Salas y Quiroga.*

© Biblioteca Nacional de España

## A MI MUY QUERIDO AMIGO DON JOSÈ ZORRILLA.

A tí, que el primero viste mi trabajo, y con tu aprobacion lo encarecíste á mis ojos, te lo dedico como una debilísima muestra de mi sincero cariño.

Madrid 28 de febrero de 1847. *Heriberto.*

### IL CINQUE MAGGIO.

IN MORTE DI NAPOLEONE.

Ei fu; siccome inmobile,
Dato il mortal sospiro,
Stette la spoglia inmemore
Orba di tanto spiro,
Cossi percossa, attonita,
La terra al nunzio sta;
Muta pensando all' ultima
Ora dell' uom fatale,
Nè sa quando una simile
Orma di piè mortale
La sua cruenta polvore
A calpestar verrà.
Lui sfolgorante in soglio
Vide il mio genio e tacque;
Quando con vece assidua
Cadde, risorse, e giacque
Di mille voci al sonito
Mista la sua non ha:
Vergin di servo encomio
E di codardo oltraggio
Sorge or commosso al subito
Sparir di tanto raggio
E scoglie al' urna un cantico
Che forse non morrà.
Dall' Alpi alle Piramidi,
Dal Manssanare al Reno
Di quel securo il fulmine
Tenea dietro al baleno;
Scoppiò da Scilla al Tanai
Dall' uno all' altro mar.
Fu vera gloria? Ai posteri
L' ardua sentenza; nui
Chiniam la fronte al Mássimo
Fattor, che volle in lui
Del creator suo spirito
Più vasta orma stampar.
La procellosa e trepida
Gioia d' un gran disegno,
L' ansia d' un cor, che indocile
Ferve pensando al regno,
E' l giunge, e tiene un premio
Ch'era follia sperar:
Tutto ei provò; la gloria
Maggior dopo il periglio,
La fuga, e la vittoria,
La reggia, e il triste esiglio,
Due volte nella polvere,
Due volte su gli altar.
E si nomó: due secoli,
L' un contro l' altro armato,
Sommessi a lui si volsero
Come aspettando il fato:

### EL CINCO DE MAYO.

A LA MUERTE DE NAPOLEON.

Pasó... cual frio, exánime,
Dando el postrer suspiro,
Quedó el despojo inmémore
Ya sin vital respiro
Así la tierra atónita
Al triste anuncio está;
Muda pensando en la última
Hora fatal del hombre,
Ni sabe si otra rápida
Planta que tanto asombre
Vendrá su polvo cárdeno
Segunda vez á hollar.
En fuljerante sólio
Miréle enaltecido;
Cuando como un relámpago
Cayó, se alzó temido,
Y sucumbió, al unánime
Grito, mi voz negué
Vírgen de abyecto encomio,
Y de cobarde afrenta,
Ora que el astro apágase
Mi númen se presenta,
Y alza á la tumba un cántico
Que vivirá tal vez.
Del Alpe á las Pirámides,
Del Manzanare al Rino,
Al son de su estentórea
Voz, se humilló el destino;
Tronó de Scila al Tanais
Del uno al otro mar.
Fué púra gloria? Déjese
Que el porvenir decida...
Callemos ante el Máximo
Sér, que en aquella vida
Quiso de su alma espíritu
Sello mayor grabar.
El proceloso anhélito
Que un gran designio inspira,
La ánsia de un pecho indómito
Que al mando sumo aspira,
Lo alcanza, y logra un premio
Que no debió soñar:
Tal lo probó... la gloria
Mayor que vió el humano,
La fuga y la victoria,
Proscrito y soberano,
Dos veces en el polvo
Y dos sobre el altar.
Dijo su nombre: trémulos,
Uno contra otro armado,
Ante él dos siglos póstranse
Como á la voz del hado:

© Biblioteca Nacional de España

Ei fé silenzio, ed arbitro
S' assise in mezzo a lor;
Ei sparve, e i dì nell' ozio
Chiuse in si breve sponda,
Segno d' inmensa invidia,
E di pietà profonda,
D' inestinguibil odío,
E d' indomato amor.
Come sul capo al naufrago
L' onda s' avvolve e pesa,
L' onda su cui del mísero
Alta pur dianzi e tesa
Scorrea la vista scernere
Prode rimote in van;
Tal su quel alma il cùmulo
Delle memorie scese....
¡Oh! quante volte ai posteri
Narrar se stesso, imprese
E nelle eterne pagine
Cadde la stanca man!
¡Oh! quante volte al tacito
Morir d' un gionro inerte,
Chinati i rai fulminèi,
Le braccia al sen conserte,
Stette, e dei dì che furono
L' assalse il sovvenir!
Ei ripensò le movili
Tende e i percossi valli,
E il campo dei manipoli,
E l' onda dei cavalli,
E il concitato imperio,
E il celere obbedir!
Ahi! forse a tanto strazio
Cadde lo spirto anelo,
E dispero; ma valida
Renne una man dal cielo,
E in più spirabil aere
Pietosa il trasportò;
E l' avviò su i floridi
Sentier della speranza,
Ai campi eterni, al premio,
Che i desideri avanza,
Ov' silenzio e tenebre
La gloria che passò!
Bella, immortal, benefica
Fede ai trionfi awezza,
Scrivi amor questo; all' allegrati:
Chiu più superva altezza
Al disonor del Golgota
Giammai non si chinò;
Tu dalle sancre ceneri
Sperdi ogni rià parola;
H Dio che atterra e suscita,
Che affana e che consola,
Sulla deserta coltrice
Accanto a lui posò.

*Alessandro Manzoni.*

Silencio! dijo; y árbitro
Sentóse entre los dos;
Cayó, y su vida en la árida
Isla, pasó infecunda,
Blanco de inmensa envidia,
De lástima profunda,
De ódio implacable, acérrimo,
É inestinguible amor.
Cual sobre el triste náufrago
Se estrella la onda impía,
Onda que ha poco que al mísero
Hinchada sostenía,
Cuando los pátrios márgenes
Ansiaba columbrar:
Tal en su alma el cúmulo
Pesó de las memorias...
¡Oh! cuantas veces, férvido
Al referir sus glorias
Borró su mano gélida
La página inmortal!
Cuantas de un dia al lúgubre
Morir, de enojos lleno,
Bajo el mirar fulmíneo,
Los brazos sobre el seno,
Pensó en sus dias plácidos
Con hondo padecer!
Y recordó las móviles
Tiendas, y los bridones,
El campo de las águilas,
Las ínclitas legiones,
El prepotente imperio
Y el raudo obedecer!
A males ¡ay! tan ímprobos
Desfalleció su aliento;
Mas una mano fúlgida
Bajó del firmamento,
Y á mas serena atmósfera
Piadosa le llevó.
Y le guió á la límpida
Region de la esperanza,
A las azules bóvedas
De eterna bienandanza,
Donde es silencio fúnebre
La gloria que pasó.
Bella, inmortal, benéfica
Fé triunfadora y viva,
Venciste al fin! Alégrate!
Que frente mas altiva
Al deshonor del Gólgota
Jamas se doblegó.
Tú del cadáver la ínvida,
Acusacion separa:
El Dios que aterra al pérfido,
Y al inocente ampara,
Sobre el funéreo túmulo
Las manos extendió.

*T. Heriberto García de Quevedo.*

*Estampa de este número.*

DON JUAN DE ARPHEZ Y VILLAFAÑE.

**Grabada por D. C. Ortega.**

*Estampa del número anterior*

LAS BELLAS ARTES, PLANTAS DEL SANTUARIO.

**Por D. F. de Madrazo y D. A. de Zabaleta.**

**MADRID:** IMPRENTA DE LA VIUDA DE BURGOS, — DIRIJIDA POR SU SOBRINO D. MANUEL.

© Biblioteca Nacional de España

C. L. Rivera inv. y lit.ª

Litog.ª Artist.ª de F. Parera y J. Donon.

GÉNESIS DEL ARTE CRISTIANO.

© Biblioteca Nacional de España